

encuentro: su espíritu no parece ya entre nosotros: la Sagrada Eucaristía no ejerce ya influencia en el mundo, porque solo hay corazones que son como el leño verde saturado de agua, en que no prende la llama del amor divino: todos se avergüenzan de confesar á Jesus en su conducta; Jesus tambien se avergonzará de confesarlos por suyos en presencia de su Padre y de los Angeles. Le han dicho: *Recede à nobis* (1), aléjate de nosotros. Él dirá: *Discedite à me, maledicti* (2), apartaos de mí, malditos.

Examinemos el tercero de los deberes que impone al cristiano la Sagrada Eucaristía. Vínculo de caridad con que Dios se une al hombre, exige de este la gratitud, y por ella la caridad, la union.

SEGUNDA PARTE.

En el divino Sacramento poseemos á Jesus, Dios dado al hombre; Dios que se le entrega, y le comunica con su cuerpo su misma vida; Dios, que se le da en forma de alimento para más íntimamente unirse al alma y llevar al último extremo su liberalidad, haciendo que la criatura le posea como una parte de sí misma. Este don de Dios, de infinito precio, exige del hombre gratitud sin límites; esta comunicacion pide al hombre el amor, la comunicacion de sí mismo á Dios. Ahora bien, el modo mejor de probar el aprecio que se hace de un don, es

(1) Job. XXI, 14.

(2) Matth. XXV, 41.

usarlo con frecuencia y con satisfaccion. La gratitud, pues, debe llevar al hombre á la mesa eucarística frecuentemente y con las disposiciones oportunas. El mejor modo de agradecer un don, es llenar los deseos y realizar los designios del que lo concede. El deseo de Jesucristo al darnos su misma sustancia en alimento, es que lo tengamos dentro de nosotros, para que vivamos de su misma vida; sus designios, arrojar de nosotros con esta comida saludable, la sávia venenosa que nos comunicó el fruto funesto del árbol del paraíso. El mejor modo, en fin, de corresponder á un don que se estima y agradece, es negociar con él, para que creciendo sus efectos en nosotros, aparezcamos ante el que lo hizo, llevando las pruebas del uso provechoso que de él hemos hecho, para satisfaccion y gloria del donador. La gloria de Dios, pues, la voluntad de Jesucristo y nuestra utilidad exigen de nosotros que acercándonos á la sagrada mesa, nos unamos al mismo Jesucristo por la Sagrada Comunión. Para esto, y precisamente para esto, instituyó este Sacramento, que queda sin efecto para el hombre si no usa de él, como quedó sin efecto para Adán el árbol de la vida, del cual quiso Dios que se alimentara, y al que, sin embargo, no alargó la mano. Y porque la Comunión nos es útil y provechosa para santificarnos, es gloriosa para Dios: y porque es fuente de todo bien para el hombre, quiere Jesucristo que la recibamos. A la manera que una madre, sintiendo llenos sus pechos de la suave leche que sustenta al tierno hijo, le atrae, le descubre esa fuente de vida, le excita y apremia arriándole á su seno, y aplicando á sus lábios una gota que endulzándole avive sus deseos del precioso alimento; así Jesucristo, sintiendo su corazón amoroso lleno de vida sobreabundante, nos convida, nos apremia, nos descubre las dulzuras y los preciosos efectos de salud

y de vida que producirá en nuestras almas ese manjar divino; y porque esto no es bastante para vencer nuestra indiferencia y avivar el deseo de nuestro amor, nos manda comer de él, y nos amenaza con la muerte eterna del alma, si no lo hacemos. Yo os daré un pan del cielo (1); ese pan es mi cuerpo (2). Tomad y comed; este es mi cuerpo (3). Si coméis este pan, yo estaré en vosotros (4), vivireis de mi misma vida, y yo os resucitaré en el último día (5); pero si no coméis mi cuerpo ni bebéis mi sangre, no tendréis vida en vosotros, morireis eternamente (6).

¡Buen Dios! ¡A qué extremo os lleva el amor al hombre y el deseo de verle feliz en la union con Vos! Yo lo confieso, Señores: cuando considero que el darse Jesucristo al hombre no es bastante para moverle á unirse á él, y que se ve precisado á mandárselo, amenazándole con la muerte si no quiere recibir ese don del cielo, ese fruto de la vida, ese corazón todo amor, ese Dios que se da al hombre para que el hombre se una á Dios, y sea como Dios; me avergüenzo en mi corazón, y concibo la idea más exacta de la humillacion y la bajeza á que el pecado conduce al hombre. ¡Qué, mi Dios! ¡Tan poca cosa sois! ¡Tan poco valen vuestro amor y vuestras perfecciones, que no os merecen el amor del hombre! ¡Tan poca cosa es daros en alimento y comunicar vuestra propia vida, que os veis precisado á prometer premios y amenazar con castigos al hombre para ganároslo, y

(1) Joann. VI, 33.

(2) Id. id., 52.

(3) Matth. XXVI, 26.

(4) Joann. VI, 57.

(5) Joann. VI, 55.

(6) Id. id., 54.

aun así se niega á recibiros! ¡Ah! es que Vos en cambio pedís nuestro corazón, y ese corazón, que es vuestro, y al cual tenéis un derecho eterno, el hombre no quiere que sea para Vos: antes que dároslo, lo entrega á la última de las criaturas; y para no sentir la presión del vuestro, huye, se aleja de Vos. ¡Qué ingratitud! ¡Qué vergüenza! ¡Cuánta bajeza!

La Comunión, Señores, es un deber, es un precepto divino. Aun cuando no lo fuera, la naturaleza del Sacramento en forma de comida, y la naturaleza del hombre, sujeto á mil males y miserias, son motivo bastante para que nos acerquemos con frecuencia á la Comunión. ¿Somos pecadores? En ese sacramento está la sangre divina que nos purifica y nos devuelve la gracia. Si siempre que se consagra, dice San Ambrosio, se derrama místicamente la sangre de Jesucristo, y se derrama para remision de los pecados, según el mismo dijo al instituir este Sacramento, debo yo recibir esta preciosa sangre para que se me perdonen mis pecados; y como estoy siempre inclinado y dispuesto á pecar, debo tener siempre conmigo el remedio, el antídoto contra el pecado (1). ¿Estamos enfermos? Ese Sacramento es medicina. El que tiene una llaga en el cuerpo, dice San Ambrosio, se aplica el bálsamo que puede curarle: y puesto que tenemos la llaga que ha producido el pecado, debemos recibir la medicina celestial del venerable Sacramento (2);

(1) Si quotiescumque funditur sanguis, in remissionem peccatorum funditur, debeo illum semper accipere, ut semper mihi peccata dimittantur. Qui semper pecco, semper habere debeo medicinam. (S. Ambr. de Sacram., lib. 4.)

(2) Qui vulnus habet, medicinam requirit. Vulnus est quia sub peccato sumus: medicina est cœleste et venerabile Sacramentum. (Id. id., lib. 5.)

porque él es, dice el Santo Concilio de Trento, el antidoto que nos cura del pecado venial y nos preserva del mortal (1). ¿Somos débiles? En la Eucaristía, dice San Cipriano, tenemos el pan de la vida que es Cristo, el pan nuestro de cada día, que nos enseñó á pedir él mismo (2); el pan significado en aquel que comió Elías, y le dió fuerzas para andar largo camino, y subir al monte y ver la gloria de Dios (3).

Todos los días, hermanos míos, si posible fuera, debemos acercarnos á la sagrada mesa. Todos los días se da Jesucristo; todos los días quiere ser recibido; todos los días le necesitamos; todos los días nos conviene recibirle. Si la Eucaristía es el verdadero pan de cada día, dice San Ambrosio, ¿por qué no vas á recibirle más que una vez en el año? Recíbelo todos los días, para que todos los días produzca en ti sus efectos. Hazte digno de recibirlo todos los días; porque si por tus pecados no mereces recibirlo diariamente, tampoco lo mereces una vez al año (4). Hacerlo todos los días, añade San Basilio, es bueno y provechoso; porque, ¿quién duda que participar con frecuencia del Autor de la vida, es lo mismo que vivir con frecuencia de él y por él? (5) Esto es lo que ma-

(1) Antidotum quo liberemur à culpis quotidianis, et à peccatis mortalibus præservemur. (Conc. Trid., Sess. 13, cap. 2.)

(2) Panis vitæ Christus est, et panis hic omnium non est, sed noster est.... et ideo panem nostrum, id est Christum, dari nobis quotidie petimus, ut qui in Christo manemus et vivimus, à sanctificatione ejus et corpore non recedamus. (S. Cyprian. de Orat. Dominic.)

(3) III Reg. XIX, 6, 3.

(4) Si quotidianus est panis, ¿cur post annum illud sumis? Accipe quotidie quod quotidie tibi prosit. Sic vive ut quotidie merearis accipere. Qui non meretur quotidie accipere, non meretur post annum accipere. (S. Ambr., libr. 5 de Sacram.)

(5) Singulis certe diebus communicare et participare sancto Corpori et Sanguini Christi, bonum et fructuosum est. Jam vero quis dubitat quin vitæ frequentius participare non sit aliud omnino, quam frequenter vivere? (S. Basil., Epist. 299 ad Cæsarian. Patric.)

nifiesta desear el Santo Concilio de Trento; porque además de llenar los designios de Jesucristo en la institucion del Sacramento, se harian más sensibles en la tierra los admirables frutos de él (1).

¿Cuán lejos está, sin embargo, de lograrse este deseo, que es el deseo de Jesucristo! Comparad el número de los cristianos que comulgan con el de los que no lo hacen, ó lo hacen sin disposicion alguna. Comparad el número de los que comulgan con frecuencia, y el de los que una vez en el año, y como por fuerza y por puro acto de cumplimiento, se acercan al convite del amor. ¿Qué diremos, Señores, al ver cuánto excede el número de los primeros al de los segundos? La Eucaristía, como sacrificio y como Comunión, es el alma del Cristianismo, es su corazón y su vida: al ver, pues, tan gran número de los que se llaman cristianos, apartados totalmente de la Eucaristía, podremos decir con razon que hay muy pocos cristianos, aun en medio del Cristianismo. ¿Quién los aparta del árbol de la vida? El respeto, dicen. No hay duda; respeto, y respeto infinito merece este Sacramento, porque es Dios mismo en presencia del hombre, Dios mismo en el corazón del hombre; pero Jesus, humillándose en la hostia santa, quiere que al respeto se sobreponga el amor. Escuchad á San Cirilo: «Los que solo al cabo de largo tiempo entran en la iglesia para recibir la sagrada Comunión, pretestando un respeto religioso, entiendan que es un respeto falso y farisáico, y que su alejamiento del altar es una falsa piedad y un escándalo verdadero; es un daño cierto para sus almas, porque re-

(1) Optaret quidem Sancta Synodus ut in singulis Missis fideles adstantes, non solum spirituali affectu, sed sacramentali etiam Eucharistiæ perceptione communicarent, quo ad eos hujus Sanctissimi Sacrificii uberior fructus proveniret. (Conc. Trid., Sess. 22, cap. 6.)

husando acercarse al que puede vivificarlos, se excluyen ellos mismos de la vida eterna. ¡O astucia del demonio, concluye el mismo; despues que arrastra al hombre al pecado, le hace odiar y aborrecer la fuente de la gracia que podria curarle (1).»

Esta es la causa verdadera y la razon cierta del alejamiento: la ausencia de la fe y del amor; la presencia del mal en el corazon; el imperio del pecado sobre el alma. La Comunión pide el amor y el sacrificio de las pasiones, y esto es lo que no se quiere conceder á Jesucristo. Escuchen otra vez los que así viven, la terrible sentencia del Dios de la Eucaristía: «Si no comeis mi carne y bebeis mi sangre, no tendreis vida en vosotros: morireis eternamente (2).»

Al hablar así sobre este y los demás deberes del cristiano hácia la Sagrada Eucaristía, que vemos tan escandalosamente despreciados, comprendereis, Señores, que no me dirijo á vosotros, individuos de la Real Archicofradía de las Cuarenta Horas, cortesanos de Jesus Sacramentado, que á todas horas le rendís el tributo de vuestra adoracion, postrándoos en su presencia en testimonio de vuestra fe; y todos los dias le ofreceis el sacrificio de la oracion, documento de vuestra esperanza; y meditando os unís á él para imitarle; y con frecuencia, atraídos por su amor, y agradeciendo sus admirables do-

(1) Intelligent qui cunctanter et vix Ecclesias adsunt et longo temporis spacio Eulogiam frequentare desinunt, et, ex eo quod nolunt Christo mystice communicare, damnosum metum ac reverentiam præstant, æterna vita se ipsos excludere, dum vivificari renunt, et recusationem illam, tameati à metu ac religione profecta videatur, in lapsum scandalum cadere. Satanæ variæ ad decipiendum artes: postquam eos malis inquinavit, ipsam quoque gratiam cogit horrescere. (S. Cyril. Alex., Comment. in Joann, lib. 3.)

(2) Joann. VI, 54.

nes, le recibís en vuestro corazon para vivir de su misma vida. Vuestra conducta está en oposicion con la del mundo; vuestra conducta es la gloria de la santa Iglesia. ¡Cuán grande eres á mis ojos, Real Archicofradía! ¡Cuánto te admiro, y cuánto goza mi alma al darte en esta ocasion solemne un testimonio de amor y de gratitud! El cielo inspiró tu establecimiento en medio de una sociedad descreída, para que cual brillante faro en noche tenebrosa, atraigas, y guies, y lleves á seguro puerto á los desgraciados á quienes el impío vendabal del filosofismo ha hecho perder el rumbo, y arrebatada desatentados y ciegos por el mar cenagoso de la sensualidad y de la indiferencia. ¡Oh! ¡Cuán dulce es recordar lo que la sociedad y la religion te deben, ilustre Archicofradía! ¡Cuántos viven apartados de Jesus, y sin embargo no sienten en su corazon odio á Jesus! ¡Cuántos hay cuya fe no está muerta, pero sí adormecida por el hálito pestilente del espíritu del mundo, y que necesitan una impresion viva para salir de su letargo, abrir los ojos, ver y amar! Yo quiero hacerme la consoladora ilusion de que así son los más de los que viven miseramente apartados de Jesus: no están muertos; duermen. El sacudimiento que les despierte, esa impresion que necesitan para salir del letargo, esa luz viva que desvanezca su sopor, la das tú, Cofradía insigne. Tu amor á Jesus Sacramentado, tu fervor santo, tu adoracion continua y pública, acompañada de ese aparato y magnificencia, justa siempre como debida al Altísimo, y necesaria en el reinado de los sentidos; todo ello es una voz continua y poderosa que resuena en todos los ámbitos, y en todos halla eco, y en todos hiere é impresiona corazones, y los atrae á los piés de Jesus, sirviendo de instrumento eficaz de la divina gracia. Vosotros lo sabeis, y bendecís al Dios de las misericordias. Tambien yo lo sé como vos-

otros; más quizá que vosotros. Sí; yo he visto á un jóven en la edad turbulenta de sus pasiones, respirando una atmósfera corrompida, cercado de alucinadoras tentaciones, vacilante en su camino, dudoso el entendimiento y frio el corazón, marchando al borde del abismo, pararse en su fatal carrera, detenido por el llamamiento de la Archicofradía, y atraído por un impulso indefinible á vuestros amorosos ejercicios: le he visto, sin explicar el por qué, seguir vuestro ejemplo, y con una antorcha en la mano postrarse tembloroso á vuestro lado ante el sagrado tabernáculo, y recojer su espíritu y orar; y orando encontrarse conmovido, y sentir una impresion dulce y tranquila, que nunca antes sintiera ni podría explicar: era como un sueño de felicidad, de que no quisiera despertar. Pero no era sueño, era realidad, pues que el corazón quedó lleno de fe, poseído de amor; y enardecido no sintió más el frio mortal de la indiferencia ni el desabrimiento del desamor, y, hombre nuevo, le he visto caminar con seguro y resuelto paso, consagrada su existencia á su amado Jesus, que le ha otorgado alto premio, concediéndole la mision de predicar sus grandezas, y su gloria y su amor. Perdonad, Señores, la expansion de un alma agradecida al auxilio eficaz de nuestra Archicofradía. ¡Cuántos entre vosotros á ella deben su regeneracion, la esperanza de su salvacion! Mil trofeos pudiera presentar á vuestra vista, de esta institucion agradable á Dios, y por él favorecida. Hemos visto en el seno de esta Archicofradía y al pié del trono de Jesus Sacramentado, ejemplos heróicos de virtud, hombres que se han llenado de fe viva, soldados que han admirado por su espíritu cristiano, y jóvenes que, rompiendo con el mundo y sus seducciones, entraron en el Sacerdocio ó se retiraron á un claustro, siquiera les costase dejar su patria, ó que se consagraron al servicio

del pobre y del enfermo, ó se lanzaron en busca de almas que ganar para Jesucristo. A ti, Sociedad ilustre, se deben, despues de Dios, estos triunfos; tú eres el medio divino con que se hacen tales conquistas para la fe y la caridad; tú eres la escuela donde mejor se aprende á conocer, á adorar, á amar al divino Sacramento; tú el monte santo en que el alma contempla la vision admirable; tú el camarín sagrado donde se gusta á Jesus, y donde nos unimos á él y nos hacemos suyos para siempre. ¡Bendita seas, Sociedad santa; bendita seas!

Trabajemos, hermanos, trabajemos sin descanso para que se cumpla el objeto de esta santa institucion; adoracion continua á Jesus Sacramentado: que todos los hombres le rindan adoracion. ¡Por qué hay un solo cristiano que desdeñe pertenecer á esta insigne Archicofradía! No son de ella porque no la conocen: hagamos que la conozcan, y la amarán, é ingresarán en su seno, y serán felices.

¿Quereis saber su origen? Cuando brilló el astro de la paz en nuestra patria, despues de seis años de gloriosa y sangrienta lucha, rechazada de España la odiosa dominacion extranjera, que trajo y sembró ideas de impiedad y de irreligion; hombres celosos trataron de reparar las ruinas del Santuario, y de reanimar la fe y la piedad característica de los españoles, y escogieron el medio más noble y más fecundo en frutos de virtud; el de la adoracion continua al Santísimo Sacramento. Fundaron al efecto una Congregacion, que fué elevada despues á Archicofradía, y decorada por el Rey D. Fernando VII con el título de Real, reservando para sí y sus sucesores el de Hermano mayor de la misma.

¿Sabeis su objeto? Cumplir asiduamente los deberes que todo cristiano tiene con su Dios escondido en el augusto Sacramento. ¡Oh, qué bello es el espectáculo

que ofrecen los miembros de la Real Archicofradía! Son cristianos que, creyendo con fe viva, adoran á Jesus presente en el misterio de la fe y del amor, y con su adoracion reparan los ultrajes que tanto se multiplican contra él en la redondez de la tierra. Son cristianos que, llenos de esperanza, elevan su oracion ante el altar santo, y se llegan con confianza al trono de la gracia, para encontrar misericordia por medio de Jesus, víctima por el hombre. Son discípulos fieles que, inmóviles y recogidos en santa meditacion, escuchan al que habla al corazón sin ruido de palabras, y abriendo su boca como David, atraen el espíritu de Jesus para vivir de él. Son hombres de amor y de gratitud, que bendicen á Dios por los bienes que derrama sobre ellos y sobre los demás, y le aman por sí y por todos, y se unen á él; y llegando con frecuencia al convite divino, viven de Dios, y difunden por todas partes el buen olor de Jesucristo. ¿Qué extraño es que tantas gracias atraigan de aquel que está en ese Sacramento para derramar bienes, como hizo en la tierra? ¿Qué extraño es que los Romanos Pontífices hayan fomentado esta santa Asociacion, abriendo para sus miembros los tesoros de la Iglesia en mil y mil indulgencias que enriquecen y santifican á los que se hacen dignos de ellas?

Haceos merecedores de tantos bienes, hombres todos, ingresando en esta santa Archicofradía, y correspondiendo con vuestra conducta al caracter de cortesanos de Jesus Sacramentado. ¿Lamentais la indiferencia y la incredulidad que cunde por do quiera? Ahí teneis un misterio que aviva la fe de cuantos le adoran. ¿Llorais el materialismo y los estragos que causa, cerrando el corazón á la esperanza del cielo? Ahí teneis la prenda segura de la gloria, la esperanza sólida y el ejemplar perfecto del sacrificio que á ella conduce. ¿Sentís el imperio

de las pasiones que os arrastran hácia la tierra y os roban la paz del alma? Ahí teneis la fuente de la caridad divina, el Sacramento del amor que os une á Dios, y os comunica la vida y la felicidad de Dios. Comed ese pan y vivireis. ¿El orgullo satánico invade vuestro corazón y amenaza lanzaros en el abismo, mientras os promete la soberanía? Ahí teneis la humildad práctica y la gloria que produce. ¿Veis do quiera la miseria, el dolor, la pobreza y la discordia? Ahí teneis al Dios de la caridad, único que remedia estos males, inspirando la union y el sacrificio. En una palabra, ahí teneis á Cristo, restaurador de todas las cosas en el cielo y en la tierra. Acercaos á él, adoradle, abridle vuestro corazón, alimentaos de él, vivid de su vida, y lograreis ver realizada esa restauracion, que os hará felices en el tiempo y más felices en la eternidad.